



9h del 23 de julio, Paseo del Tránsito de Toledo

23 de julio de 1936

Pasaron aquella noche en la casa del siervo de Dios Álvaro Cepeda. La hermana de este sacerdote cuenta los últimos momentos de aquella noche y de la mañana siguiente.

Hacia las siete y media les preparé el desayuno, junto con mi hermano Álvaro, y apenas habían terminado de tomarlo, se presentaron unos milicianos, a quienes dio tabaco mi hermano y con quien conversaron con respeto y buenas formas.

De repente irrumpieron otros cuantos milicianos, diciendo que de la casa habían salido tiros. Era la excusa que solían poner para allanar moradas. Fue inútil que don Álvaro asegurase lo contrario, llegando a jurar que tal no había ocurrido...

Les dijo un miliciano: Ustedes son maristas; y como no se conformasen con la negativa dada una y otra vez por don Pedro, éste les dijo que eran superiores del Seminario; y en seguida dispusieron fueran los tres detenidos. Aunque hablaron de atarlos uno a otro, dijeron al fin que fuesen sueltos.

Sólo puedo decir que observé una paz y serenidad grandísimas en don Pedro, que no cesaba de dar a todos aliento y confianza en Dios.

Sin oponer resistencia alguna



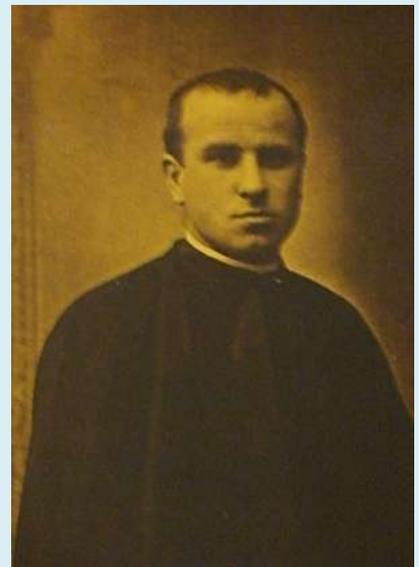
Don Pedro y don José no opusieron resistencia alguna. A la pregunta de si llevaban armas para defenderse, dice el seminarista Antonio Ancos: *“Sé que los siervos de Dios no llevaban armas para defenderse, porque nos estuvimos cambiando de ropa y vi que no las tenían ni las habían tenido”*. Y Ángel Rodenas asegura: *“Solamente llevaban el crucifijo y el rosario”*.

El señor don Julio García del Río vio a los siervos de Dios, ya detenidos, a la puerta de la casa de don Álvaro Cepeda.

Al salir de su casa quedó sorprendido viendo una patrulla de milicianos que, fusil en mano, custodiaban a dos caballeros de buen porte. *“Uno era don Pedro Ruiz de los Paños y el otro don José Sala”*. Preguntó a uno de los vecinos qué significaba aquello. Y el interrogado contestó: *“Pues que los milicianos han detenido a estos dos maristas (la gente, en los primeros momentos, creyó maristas a los dos venerables sacerdotes) en casa de don Álvaro Cepeda, y están esperando a que éste baje para llevarse a los tres”*.

“Mi atención -continúa diciendo el testigo- la absorbió totalmente don Pedro. Era un hombre más bien grueso, de regular estatura, muy calvo y de acusadas facciones de bondad. Le vi inmóvil como una estatua, sin que se le advirtiera la más leve contracción muscular que evidenciase desfallecimiento alguno; su rostro, cubierto de intensa palidez, transparentaba un inefable y beatífico goce y tenía los ojos fijos en el cielo.

Un momento experimenté la sensación vivísima de estar contemplando el caso extraordinario de un espíritu que se desliga ya de la materia, y en presencia de un varón santo.



¡Arriba los brazos!’, gritó, imperioso, el que parecía jefe de la patrulla. Los brazos del mártir se elevaron hasta quedar extendidos en cruz, ligeramente doblados hacia arriba y cerrados los puños; y en esta actitud perseveraba, mientras que sus ojos seguían con estática fijeza clavados en el cielo.

A poco debió salir de su casa el virtuoso sacerdote don Álvaro Cepeda, y ya

juntos los tres, salieron camino del suplicio.

En el cielo os espero

Creo que ha quedado demostrado hasta la saciedad que el siervo de Dios Pedro Ruiz de los Paños no sólo aceptaba el martirio, sino que animaba a todos a que lo aceptasen gustosamente, como prueba de amor a Jesucristo.

Don Romualdo Carrillo ha hecho en el proceso un resumen estupendo: *“Don Pedro, años antes del martirio, venía pidiendo al Señor poder derramar su sangre por El. Yo mismo vi varias veces que lo tenía escrito.*

- En los ejercicios espirituales celebrados en Tortosa a fines de junio de 1936 nos habló de que debíamos estar preparados para el martirio.
- También el día 22 de julio frecuentemente habló a los Operarios del Seminario sobre la necesidad de prepararse para el martirio,
- y en la noche del mismo día 22 de julio de 1936, cuando fue recibido en casa de don Álvaro Cepeda, habló largamente con doña Purificación Peláez y su hija, que vivían en el piso bajo de la casa, tan fervorosamente sobre el martirio, que me dijo la señora que, si le hubiesen pedido derramar la sangre por el Señor, lo hubiera hecho.
- Aquella misma noche, al despedirse de las religiosas terciarias que atendían la cocina del Seminario, entre otras cosas les dijo que a ellas no les ocurriría nada, pero que a ellos, los Operarios, les quitarían la vida. Ciertamente, a doña Purificación Peláez le dijo que al día siguiente los matarían.

Este espíritu de don Pedro, en las inminencias del martirio, queda reflejado en la carta que escribió, a lápiz —con urgencia de última hora—, a sus hermanos. Carta que se encontró en la habitación donde don Pedro pasó la última noche, en la casa de don Álvaro Cepeda.

La carta dice así:

Toledo, 22 de julio de 1936.

Queridos hermanos:

Son las cinco y media de la tarde. Llevamos casi tres días de asedio militar. Bombas y tiros a millares. Una pena grandísima. Hoy ha caído junto al Seminario quizá la última que han lanzado. Por el eco de estos valles y, sobre todo, de esta casa tan grande,

creen las pobres gentes de estos contornos que del Seminario han salido tiros. Pidiendo al Señor en la capilla hemos estado los días últimos a fin de que a todos los aplacase. No hemos podido hacer más. Pero ahora, con la calumnia propalada, será difícil salir del Seminario y no sé lo que sucederá. Es posible que seamos sometidos a cualquier requisa; **es posible cualquier cosa en circunstancias tan anormales. Si me sucediera algo, os doy el adiós hasta el cielo, adonde espero que Jesús me lleve con El. Yo no tengo más deseo ni más esperanza que Jesús, de manera que allí os espero.** De todos me acuerdo mucho, mucho; y como no puedo escribir a todos, valga esta carta para la Hermandad, para las carmelitas de ambas casas y de otras, para las discípulas..., etc. A todos en Jesús haré sentir su divina misericordia. Que todos rueguen por mí. No sé si a vosotros os ha pasado algo. En el cielo lo veré. Adiós.

Os abraza y quiere mucho vuestro hermano, Pedro.

Martirio de los Beato Pedro Ruiz de los Paños y José Sala Picó

El día 23 de julio de 1936 caía, mártir por Dios y por el sacerdocio, en el Paseo del Tránsito de Toledo, juntamente con don José Sala y don Álvaro Cepeda.

El señor don **Leandro de la Flor Pérez**, practicante en medicina y cirugía, estaban en la Casa de Maternidad, frente al Paseo del Tránsito. El fue testigo presencial del martirio de estos siervos de Dios.

Yo fui testigo presencial del fusilamiento de los siervos de Dios don Pedro Ruiz de los Paños y don José Sala. Cuanto yo vi y recuerdo perfectamente, como si ahora mismo lo estuviera viendo, es lo siguiente:

Yo vivía en la Casa de Maternidad de la ciudad de Toledo, sita en la calle de San Juan de Dios, junto a la sinagoga llamada del Tránsito. En dicha Casa de Maternidad desempeñaba yo mi profesión de practicante.

Eran aproximadamente las nueve de la mañana del día 23 de julio de 1936, y me encontraba lavándome, teniendo la persiana de mi habitación bajada. Entonces oí un ruido considerable de muchas personas que en aquel momento pasaban por la calle de Reyes Católicos, precisamente debajo de la ventana de mi habitación, en el piso bajo de la Casa de Maternidad. Yo me asomé a la ventana, un poco oculto detrás de la persiana, y vi, a unos metros solamente de distancia, a unos veinte o treinta milicianos armados y algunas mujeres



En el momento de asomarme a la ventana oí que un miliciano dijo: “¡Pararsus!”, y, parados, observé con todo detalle las personas de don Pedro Ruiz de los Paños, don José Sala y don Álvaro Cepeda, que estaban uno detrás de otro por el orden que les acabo de mencionar.

Don Pedro llevaba un blusón de dril; las manos cerca del pecho, con un semblante sereno, y miraba repetidamente al cielo. Don José Sala iba vestido con un blusón de dril y con aspecto sereno. Don Álvaro Cepeda, de paisano, y con nerviosismo.

Inmediatamente el miliciano dijo: “¡Pá adelante!”, y don Pedro y don José anduvieron para adelante, así como don Álvaro, que recibió unos empujones de los milicianos. Entraron andando los tres sacerdotes, delante de los milicianos, **en el Paseo del Tránsito**, y yo les seguía viendo perfectamente con la cara pegada a la reja de mi ventana, desde la cual iba observando cuanto iba aconteciendo.

Estando a los pocos metros después de dejar la calle de Reyes Católicos, y muy próximos a un bando del Paseo del Tránsito, los tres sacerdotes dichos, oí una descarga de tiros que se sucedieron en gran número, descarga que hicieron los milicianos que los conducían, con los fusiles y otras armas de fuego que llevaban.

Yo vi cómo don Pedro cayó inmediatamente boca abajo con las manos extendidas hacia adelante, quedando en esta postura tendido en el suelo. Don José Sala se torció un poquito y también cayó al suelo. Don Álvaro Cepeda también se retorció y cayó boca arriba.

Así quedaron muertos, y los milicianos inmediatamente se retiraron, volvién-

dose por donde habían ido y volvieron a pasar por delante de mi ventana. Yo les oí decir: '¡Ya cayeron otros tres; a ver si terminamos con todos!' Desaparecieron, riéndose a carcajadas y celebrándolo ellos y las mujerucas que les acompañaban.

Los cadáveres permanecieron en el mismo sitio, sin que nadie los tocara, hasta el mediodía, alrededor de la una.

